

La alegría: un posible necesario

José M. Domínguez Prieto

A lo largo de la historia del pensamiento, pero de un modo especial durante la Edad Media y luego en la filosofía racionalista del Barroco, la alegría era estudiada dentro de los tratados de psicología racional dedicados a las pasiones del hombre. Era definida como sentimiento, como afección interior que surgía en virtud de los objetos a los que tiende el sujeto. Así, Descartes, en su *Tratado de las Pasiones del hombre*, define la alegría al modo escolástico: pasión suscitada por la presencia de un bien presente. De este psicologismo está teñida toda la producción posterior respecto a esta vivencia. Aún hoy la alegría es estudiada en los manuales dentro del capítulo dedicado a la vida afectiva, estando ésta desvinculada de sus raíces antropológicas.

Frente a esta concepción parcial y epidérmica, una orientación personalista de la antropología permite alcanzar otra muy distinta dimensión de la alegría. Más allá de toda modificación tónica del ánimo, la alegría puede ser entendida como un *gaudium essendi*. G. Marcel es quien con más claridad lo formula: «La alegría es el surgir mismo del ser».

Explícitamente, los pensadores personalistas no han desarrollado extensamente este concepto —aunque algunos han tratado minuciosamente otro íntimamen-

te relacionado con el primero: el de la esperanza— y, por lo general, siguen concibiéndolo parcialmente bajo un prisma psicologista. Sin embargo, los principios antropológicos que proponen permiten articularlo desde una nueva perspectiva de carácter metafísico.

El desarrollo del concepto de persona, frente a individuo clausurado y masa, que muestran los personalismos les permitirá la superación del concepto de angustia existencial como constitutivo del hombre, lo cual resultará de vital importancia porque la alegría de la que aquí hablamos resulta ser la antítesis no de la tristeza sino de la angustia en el sentido sartreano: «Si la situación fundamental del hombre —dice Mounier— es una situación rodeada y llamada y no un abandono, he aquí en lo más profundo de mi sentimiento del mundo una alegría existencial que niega la absoluta desesperanza del alma contemporánea».

Recordemos que en Sartre la angustia surge como constatación de tener el hombre que elegirse a sí mismo sin asideros ni seguridades, sin contar con la perspectiva de una trascendencia. En *La Náusea* propone además otro aspecto de esta angustia constitutiva: la de sentirse angustiado por descubrirse absurdo, arrojado al mundo, frustrado en todo encuentro, cerrado a toda

trascendencia. Esta angustia resultará ser un vértigo paralizante de todo dinamismo existencial. Consecuentemente, concluye Sartre lo inevitable de «obrar sin esperanza».

La visión del hombre que alumbró el personalismo es diametralmente opuesta: admite una trascendencia fundante y dotadora de sentido. Este sentido se manifiesta en la peculiar vocación de cada quien y, frente al ostracismo del individuo sartreano, la persona se hace a sí misma en la comunicación permitida por su apertura ontológica. Todos estos rasgos serán los que permitirán hablar de la alegría como adecuada al ser personal: la persona, por su idiosincrasia constitutiva, está llamada no a estar alegre, sino a ser alegre, a ser alegría. Muy esclarecedor en este aspecto es el opúsculo de Kierkegaard titulado *El Lirio y el Pájaro*. En él muestra cómo la alegría existencial es incondicional, no depende de la posesión de ningún bien. El lirio y el pájaro están siempre alegres porque son alegres. Y están alegres porque han encontrado en quien esperar.

¿Qué es lo que concretamente justifica y permite esta alegría constitutiva?

El hombre, en primer lugar, es un proyecto de realización en función de una vocación que unifica la propia trayectoria vital,

DÍA A DÍA

es continua tensión hacia una plenitud, es la capacidad de dar de sí. Por eso dirá Mounier que «la verdadera alegría está en que dos años después del bautismo, o veintiocho, todo está por revisar». La verdadera alegría supone creatividad. La angustia, decíamos antes, parálisis. Por esto la alegría —no la angustia— es la vivencia adecuada al ser personal.

Pero esta realización sólo está permitida en tanto que la persona es un ser abierto. Ya Heidegger definía la apertura ontológica como rasgo esencial del *Dasein*: el hombre es un ser ontológicamente vertido a lo real. Esta apertura se manifiesta en apertura a sí mismo, a la realidad física, a las otras personas y a lo trascendente. Pero esta apertura no es la apertura de mero receptáculo, una apertura pasiva, sino dialogal y, a causa de ello, creativa y fecunda.

Es precisamente esta apertura la que permite el Encuentro con esas realidades (que sea efectivo o no el Encuentro depende de la opción que haga la persona por una vida personal y auténtica o impersonal e inauténtica). Tomado en el sentido acuñado por Buber, diremos que todo Encuentro es la apertura sincera, acogedora y gratuita de una realidad que se nos hace presente. Todo Encuentro es un acontecimiento y, como tal, una llamada, una apelación «provocadora»

porque estimula radicalmente mi realidad personal, haciéndome crecer. Así, el Encuentro será fecundante en la medida en la que exista diálogo y respeto con lo encontrado: si existe alguna mediación, es decir, la reducción del «otro» a objeto de dominio o de experimentación, no podrá tener lugar este mutuo alumbramiento.

Ahora, una vez recordadas estas coordenadas personales, estamos en disposición de hablar de la alegría como *gaudium essendi*. Porque la alegría será la vivencia del dar de sí hacia una plenitud. Pero este dar de sí sólo es posible en la comunicación que surge en el Encuentro. La alegría brota en mí al hacer un auténtico Encuentro. Este Encuentro se convierte en reclamo y posibilidad para mi plenificación. Ese plenificarse es la alegría: se trata del crecimiento personal propiciado por el ser-con. Consiste, por tanto, en la iluminación causada por el ámbito fecundante creado entre lo otro y yo y en la vivencia de un ensanchamiento personal.

Pero la alegría, como modo de ser hombre, ha sido —y es— confundida con la felicidad. La felicidad era ya definida por Tomás de Aquino como un estado de plenitud en la posesión de un bien. Pero esta vivencia se muestra más bien como término *ad quem*, como fin último, como plenitud *post mortem*. La contingencia del

hombre, su absolutez relativa, hacen de la felicidad —en palabras de Julián Marías— «un imposible necesario». Frente a la felicidad como descanso, la alegría es tensión, es un «buscar como buscan los que aún han de encontrar». «Ser es estar en camino», señala Ricœur. Por lo tanto, la alegría será la experiencia constructiva y creativa del propio estar *in fieri*.

Es ésta una tensión que no excluye la tristeza ni la dificultad. Mounier es claro al respecto en su obra *Revolución personalista y comunitaria*:

No hay camino (...) que no pase por la encrucijada de la Cruz. La alegría no le es negada (a la persona): constituye el sonido mismo de su vida. Pero la felicidad tranquila no es alegría. (...) Esta doble condición, donde la alegría existencial está mezclada con la tensión trágica, hace de nosotros seres de respuesta, responsables.

La alegría se desvela así como algo mucho más grande y radical que una afección subjetiva (es subjetual, pero nunca exclusivamente subjetiva). La alegría es la experiencia de crecimiento personal en comunión, de la propia plenificación en función de mi disponibilidad a hacer Encuentros significativos. La alegría se desvela, en definitiva, como el resplandor de mi ser *in fieri*. **A**